

PANDEMÓNIUM

REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA

DIRECTOR:

A. T. CERVILLA GARCÍA

REDACTOR:

ARTURO GARCÍA SOLANO

COLABORADORES:

CARLOS SALAZAR GAGINI — FRANCISCO SOLER — RAFAEL CARDONA
ROGELIO SOTELA — J. ALBERTAZZI AVENDAÑO — LOS CLARENCE

AÑO X

15 DE JUNIO DE 1915

NÚM. 136

Sueño trágico

Por Enrique Geenzier

Sepulturero, aquí es! Abre la fosa,
mas no tires la pala con violencia.
Abrela, sí, con mano cautelosa,
tan suave, que la muerta de esta fosa
no pueda adivinar nuestra presencia.

Suave, sepultero, sí, tan suave
que nunca llegues a turbar su sueño.

—Si está muerta, señor.

—Muerta?... Quién sabe!
cuando ayer se durmió, su rostro grave
tornóse más hermoso y más risueño.

—Está muerta, señor... no está dormida...
—Calla! Dormida está, sepultero.
Cuando me dió su mano bendecida
y en el lecho cayó desvanecida
no murmuró un *adiós* sino un *te espero*.

—Está muerta, señor...

—Y ese gemido?...
¿No ves que torpe con tus rudas manos
la despertaste y que nos ha sentido?

—Está muerta, señor...

—Muerta!... Y el ruido?
—Señor, te la devoran los gusanos!

Sobre el nuevo impuesto de emergencia

Respetuosamente al Congreso Nacional.

Por Leomar

Si no un fracaso jurídico-democrático, es, cuando menos, una desdichada concepción de la lógica legal igualitaria de nuestro régimen político, esa festinada ley creando el impuesto para combatir la invasión del *ortóptero locústido*.

No queremos analizar en aquel orden determinado este decreto de circunstancias; pero nos permitimos hacer algunas observaciones a la inopinada clasificación hecha por el Congreso al establecer injustificadas preeminencias sociales ante la constitución democrática que rige el Estado Republicano, a cuyo amparo no deben ni pueden existir privanzas que contravengan el derecho público.

Y tal infracción se perpetra al excluir empleados oficiales, dependientes de comercio y eclesiásticos, de la contribución que se impone.

Entre los primeros hay muchos que ganan más que la mayoría de los comerciantes e industriales incluídos en el gravamen; de los segundos puede asegurarse rotundamente que gozan de mejor salario que infinidad de artesanos y braceros, y en cuanto a la tercera categoría de exentos, huelga decir que viven con más comodidad y riqueza que innumerables abogados, médicos y otros titulados que pululan por las oficinas.

¿A qué, pues, tales distingos? Si los empleados públicos y dependientes de comercio no pueden abandonar sus ocupaciones diarias para trabajar personalmente en extinguir la langosta, nada se opone a que contribuyan con dinero a ese propósito y a tenor del artículo siete que reza para comerciantes, profesionales, artesanos, obreros

y otros que tienen análogas obligaciones y se ven precisados a pagar el impuesto para no dejarlas, realizando verdaderos sacrificios con ese motivo.

Y todavía resalta con mayores proporciones de injusticia el fuero que se otorga a los eclesiásticos, en razón de sus menores egresos para la vida social, de su improducción material en la lucha por la existencia, del infinito número de ingresos que disfrutan en el ejercicio del cargo y de los auxilios que reciben indirectamente por concesiones oficiales de «turnos» y otras «gabelas».

De citarse en disculpa de su exclusión, motivos condicionales del ministerio religioso, jamás serían válidos en lo que a la redención metálica se refiere.

Y si la dignidad profesional exige de esas circunstanciales funciones a los representantes de una religión, no deben negársele idénticas prerrogativas al sacerdocio universitario, que representa la ciencia.

Tampoco hará buen papel el abogado o ingeniero indigente que, a falta de dinero, se vea en la necesidad de ir a matar langosta por esos campos. Todo esto en sana ley democrática de los Estados Republicanos, en derecho público sancionado por nuestra civilización y por las ideas que aspiran al perfeccionamiento social científico de países ajenos a las prácticas de monarquías autócratas ascentrales.

Los actos del Ejecutivo, tan censurado por algunos legisladores, su noble mensaje, podrían servir de lección provechosa hacia nuevas orientaciones legislativas, fundadas en el infringido derecho igualitario.

nes, ni el fuego del sol, ni la gimnasia muscular que trae gotas de sudor a la frente. Al término de esos afanes estén la salud, la abundancia.

Por eso canta el labrador, por eso la madre sonríe sobre su criatura que, mientras estruja con una de sus manos el pecho maternal, alza al espacio la otra, cerrada en puño.

A mi espalda suena ruido brusco de pasos. Giro la cabeza en dirección de donde ellos vienen y miro acercarse a un criado de «la labranza» que me trae el correo.

No hay carta alguna en el paquete. Lo forman cuatro o cinco periódicos que me dan noticias del mundo en esta ciudad campesina.

Desdoble uno de los diarios y pongo mis pupilas en las titulares que encabezan a todo el ancho, la primera plana.

La guerra europea—dicen aquellas titulares.—*Grandes combates en el Oeste, Los aliados ganan terreno, Barcos hundidos, Submarino a pique, Lucha heroica en una trinchera.*

S , ha sido heroica esta lucha.

Millares de hombres se han despedazado durante horas y horas, como bestias carniceras mordidas por el celo o espoleadas por el hambre, para conquistar 200 metros de terreno y clavar sobre él, en prenda de victoria, banderas francesas o alemanas.

El estampido de los cañones ha desgarrado el aire; los humos de pólvora extendiéndose por el espacio en sombríos y anchos cortinones, ocultaron el cielo; la sangre chorre  por los surcos; los fusiles chasquearon la muerte; sables y cuchillos se embotaron de tanto partir carne humana; los soldados formaron, chocando unos con otros, epilépticos remolinos; gritos de dolor y de furia ensordecieron el ambiente; parejas hidrófobas se colmillearon en la agonía...

Terrible y empeñado fué el trance. Un estallido formidable puso término a la carnicería. La trinchera, objeto de la lucha, salt  hecha pedazos a la atmósfera; abri se la tierra como sacudida por la furia de un terremoto. ¡Vic-

toria! ¡Victoria!—gritaron miles de voces roncacas.—Hubo un pataleo de fuga y la enseña de uno de los bandos proclamó el triunfo de éste, irguiéndose sobre un pedestal de pedruscos.

Bajo la enseña se agruparon en trahilla los vencedores. Sus ojos, que lameaban con homicida lumbre, sus bocas, de par en par abiertas para dar más estridencia al grito, sus manos, crisp ndose en garra contra el ca n de los fusiles y la empuñadura de los sables, les daban aspecto de locos.

Sus v tores apagaron los ahullidos que a los moribundos arrancaba el dolor; sus pupilas, puestas en la bandera, no veían los cientos de cadáveres que cubrían el suelo, ofreciendo en holocausto, al dios bárbaro de la guerra, vientres rotos por donde salían las entrañas, cráneos machacados, t raxs hundidos, astillas óseas y sangrientas...

 Qu  val a aquello para los vencedores? Ya eran suyos los doscientos metros de tierra objeto del combate; ya tremolaba la enseña nacional sobre el humano matadero.

 La pobre tierra conquistada!

Mordida por la pólvora, descuadrada por la horrible última explosión, era un cadáver más en aquella asamblea de muertos; una hembra impudicamente violada, inútil para la fecundación y para la maternidad.

Tierra que la sangre humana reg  para dejarla estéril,  qu  distinta parecías a los ojos de mi imaginación, de la que el labriego fecundaba, reg ndola con su sudor, al ir y venir rítmico de su brazo!

Por obra de un solo hombre, este cacho de tierra sería al cabo de unos nueve meses, bien estar, abundancia, salud...

Por obra de millones de hombres, era el otro cacho de tierra, pudridero, sólo útil para fest n de buitres.

Acaso en un cacho de tierra, a éste igual, morir  andando el tiempo, por mano de sus prójimos, el niño que ahora recoge con sus labios la vida en el pecho de una humilde mujer.

EL ÚLTIMO DEFENSOR...



Hermoso terranova, que al penetrar los alemanes en una ciudad del Aisne, defendía lo que quedaba de la casa de sus amos

Campestres

Por Rafael García Escobar

Especial para Pandemonium

De noche

El mar sigue rugiendo indiferente,
por incendio voraz iluminado,
y se retuerce feroz como serpiente,
o cual tigre gigante encadenado!
Las aves del bosque han despertado
creyendo, acaso, próxima la aurora,
y en los verdes manglares se han posado
para entonar su charla arrobadora.
La blanca garza, su plumaje admira
retratado en las ondas del estero,
y parece que insólita suspira;
mas del incendio el lumínar postrero
ya lentamente en derredor espira
y de sombras se viste el bosque entero!

Matinal

El sol, por fin, su túnica desflora
anunciando en Oriente, un nuevo día,
las alturas con su lumbre dora,
causando en las tinieblas la agonía.
Las vacas alrededor de la alquería
lamen con avidez en las baldosas
la blanca sal: magnífica ambrosía
que hace sus pieles tersas y sedosas!
Las ardillas brincando en los manglares
se ocultan aligeras y hurafías,
de la selva en los secos matorrales;
el viento muge entre las verdes cañas
y su tela de encajes siderales
tejen con entusiasmo las arañas!

Idilio

Las ramas de los árboles se besan
y se unen y se quejan y deliran;
cuando amorosas su pasión expresan
parece que son almas que suspiran!
Las aves que en sus cóncavos anidan
soñando con un mundo de delicias
a los placeres del amor convidan
en el tálamo azul de sus caricias.
El río se despeña entre clamores
surcando altivo la arboleda umbría
y añorando sus íntimos dolores
cruza por la azulada serranía
y desciende otra vez por los alcores
como sierpe de plata, en agonía!...

San Salvador.

Lo que dijeron los cisnes

Para Pandemonium

Por Juan Ramón Avilés

¿Es éste un estanque? ¿Es un quieto cristal? ¿Tersa luna dormida entre el marco de la yerba, o simplemente agua pura con cielo azul?

Interroga el poeta.

Y con su nado silencioso los cisnes afirman: —Es agua pura con cielo azul!

* * *

Son dos cisnes.

Blanco el uno, el de Europa, el que vive una misteriosa vida de alabastro; el que se llevó la góndola del caballero Lohengrin hacia dónde no se sabe. Hijo de la Esfinge y de la inmutable nieve ¿qué interrogación es esa que finges con tu elástico cuello?... En vano espera la respuesta el poeta: es el cisne mudo que sólo ante la muerte rompe su divino silencio, y sólo a ella confía en una canción su inviolado secreto.

Es el otro el cisne negro de Australia. Llega de la noche, llega de la sombra, pesadilla oscura del estanque de agua azul. ¿Qué interrogación es esa que haces tú también con el luto de tu cuello?... ¡Dile tu secreto a la vida ya que el otro se calla!

* * *

Van bogando juntos, de tal manera que el del plumaje bruno se creería la sombra que proyecta el cisne de la gracia blanca. Van, gemelo enigma, en el estanque cuyas aguas se turban como el corazón al paso de las dudas.

—Dime tú, cisne de alas albas; dime pájaro-poeta, hermano mío ¿te ha ofrecido el misterio responderte algún día? A tí, que eres el bien, y que eres la belleza y el puro pensamiento... En el amor ¿qué hallaste? Sobre los sacros muslos de Leda; sobre sus flancos que estrechaste en un abrazo alado; sobre

su cuello donde tu pico locamente vagó cual sobre una estremecida onda, llegando hasta su boca para recoger el gemido apasionado, entonces, cuando por creer que te morías estuviste a punto de lanzar tu canto, la vida, ¿qué te dijo?

Y tú, cisne negro, tú que no has amado; tú el casto, el extraño, ¿cuál es el mensaje que de la sombra traes?... A tí, que eres el duelo, y que eres el dolor...

... En el estanque se sumergen a un tiempo, y en seguida reaparece el ágil signo de los cuellos, siempre inseparables: la interrogación blanca, la interrogación negra, simbólicamente.

* * *

Al estanque se acerca un lico. —¡Qué escándalo— grita—venir a interrumpir el sueño de las aguas!... Busca algo entre la yerba, y de súbito silba una piedra que hiere a los pájaros divinos.

El blanco alza el vuelo y cae en la ribera. El impasible cisne blanco agoniza: es el dolor del mármol que se ha roto.

—Antes que te vayas, respóndeme ¡oh, pájaro enigmático! ¿Cuál es el destino nuestro?

El ave en agonía, canta, canta, y a medida que su música la recoge la muerte, la curva de su cuello se endereza hacia los cielos, y la interrogación desaparece con la vida.

—Antes que te marches tú, cisne negro, dime ¿cuál es la verdad?

El otro, el sombrío cisne herido también, tiñe de rosas el estanque, y se hunde, como Luis de Baviera, entre el claro sepulcro de las aguas...

El poeta.—Es verdad: mi destino es cantar... Y lo único cierto, la tum-

ba que se abre mientras el alma canta.

El loco.—Oye, poeta: ¿Por ventura eran tuyos? ¡Si hubiera sabido que el canto del blanco era tan bello, no lo habría matado! Los dos están ya en el fondo del estanque, sobre el cual el cielo ha descendido como una losa azul, digna de tus pájaros muertos... Consuélate, poeta: yo mando que al sepulcro de los cisnes, noche a noche,

bajen las estrellas para que pongan un epitafio escrito con luceros... Y como un símbolo celeste ya verás cómo, a la hora de las albas, vendrá a reflejarse la cruz luminosa del Sur al lugar donde los cisnes duermen sin preocuparse del misterio que a mí me ha vuelto loco y a tí poeta!

Managua, Nic.

HOMBRES DE ACTUALIDAD



MR. BRYAN,

SECRETARIO DE ESTADO DE LA REPUBLICA NORTE-AMERICANA,
ENCARGADO DE LA CARTERA DE RELACIONES EXTERIORES,

quien antes que firmar una comunicación de protesta contra Alemania
—por considerarla escabrosa para los intereses de su patria—
ha preferido presentar la dimisión del elevado y difícil puesto que desempeñaba.

VENECIA

Publicamos por ser de gran actualidad, dos hermosas vistas de la preciosa ciudad italiana situada en el fondo del Adriático, frente a Trieste, el puerto comercial de mayor importancia de Austria.

El grabado de arriba representa el famoso Campanile y la Piazzeta, en la que, en primer término se destaca el antiguo palacio ducal, y en segundo, la preciosa joya bizantina de la catedral de San Marcos.

El grabado que ocupa el segundo lugar reproduce una de las vistas de la laguna en la que se ven la isla de San Jorge y el Templo de la Salud.

Por su situación geográfica es uno de los lugares en donde la titánica lucha que hoy ensangrienta el suelo de Europa, ha desarrollado ya actos de inaudito vandalismo, puesto que aeronaves austriacas han dejado caer bombas que causaron la desolación entre sus moradores.



Holofernes

Por Augusto Martínez Olmedilla

Aturdido por la ovación atronadora con que el público le despedía, como siempre, Edmundo tropezó con Lucy Stewart, la inglesa del elefante, que atisbaba desde la puerta de artistas. Disculpóse con voz entrecortada por la emoción.

—Perdóneme, Lucy: tal vez la hice daño.

—¡Oh! No ha sido nada. La culpa es mía, por estar aquí, estorbando el paso.—Y añadió, sonriendo:—Le felicito a usted: tiene usted cada día mayor éxito...

Los ojos de él brillaron de alegría. Un asistente le trajo un tohollón ruso, en el que se había envuelto, como en amplio caftán, dejando tan sólo la faz descubierta.

—¿Miraba usted mi trabajo, Lucy?

—Sí: como todas las noches. ¿No lo había reparado hasta ahora? ¡Claro! Sale usted de la pista ciego, borracho de triunfo... Pues, sí, señor: le miro a usted. Mejor dicho, le admiro.

—¡Oh, Lucy!

—¿Por qué había de ocultarlo? Creo que hace usted en su trabajo todo lo que se puede hacer. No hay, de seguro, quien le iguale. El mismo Stepoff, a quien ví actuar en Calcuta, siendo yo muy niña, no llegaba a tanto.

—Si yo hubiese sabido que usted me veía, Lucy, aun lo habría hecho mejor.

—¿Mejor? No es posible—sonrió ella.

—Sí, Lucy... Por usted sería yo capaz de todo... Incluso de hacerlo mal, muy mal, para que el público me silbara y el director del Circo me despidiera, si esto pudiese agrandar a usted...

—¡Por Dios, Edmundo! ¿Cómo había de ser agradable para mí la desgracia de un compañero?

—Tiene usted razón... Yo no soy para usted más que un compañero... un compañero como los demás... Co-

mo Sulpicio, el tonto, con quien veo que habla usted con mucha frecuencia... Como Richard, el prestímano, que suele acompañar a usted algunas noches al concluir el espectáculo... Menos que ellos, en realidad; porque conmigo apenas habla, y no me permitiría que la acompañase...

Reía Lucy oyendo a Edmundo: y en su risa, flor de la ingenuidad, adivinábase intenso gozo interior.

—¿Quién le ha dicho a usted que no le permitiría?...

Edmundo creyó soñar. Como hombre sanguíneo, musculoso, era tímido; él mismo se asombraba de su atrevimiento al hablar de aquel modo a Lucy, con quien escasamente había cambiado el saludo hasta aquella noche.

—Entonces... —balbució—entonces, Lucy, ¿es qué usted me quiere?...

Arrepintiéndose de haber ido tan lejos, Lucy quedó repentinamente seria.

—Yo no he dicho eso, Edmundo. Usted no ha debido interpretar así mis palabras. Por lo menos, no ha debido decirme lo. Una cosa es que le permita acompañarme hasta la puerta de mi casa—nada más que hasta la puerta, ¿eh?—como hacen algunas noches Richard y Sulpicio, y otra cosa es... eso que usted ha supuesto tan pretenciosamente.

El atleta, avergonzado, quiso deshacerse en excusas.

—Perdóneme, Lucy: lo reconozco, soy un necio; no soy digno de que una mujer como usted hable siquiera conmigo...

Pero, cuando estaba totalmente humillado, la risa de ella resurgió, triunfal. Edmundo la miraba desconcertado, indeciso.

—¿Ahora se ríe usted?

—¡Naturalmente! ¿No he de reír me, hombre? ¡Vaya! Veo que soy yo quien ha de llevar la voz cantante... Mire usted, Edmundo: si eso del cariño no

fuera una cosa tan grave, yo le diría que acaso llegaría a quererle...

—¡Oh, Lucy!...

—No me interrumpa usted, y fíjese en lo que le digo: que acaso llegaría a quererle... algún día... no sé cuando...

—¿Por qué no ahora?

—Porque no puede ser. Yo soy un poquito calculadora, lo reconozco. ¿Qué porvenir me aguarda a si accediese ahora mismo a sus deseos? El trabajo, tan agradable hoy para mí, se tornaría odioso, vendrían los hijos a entorpecernos la vida; ellos estarían desatendidos, y yo no tendría momento de tranquilidad... Mala madre y peor artista: eso sería yo, si, complaciéndole a usted, nos casáramos enseñada... Porque claro está que hablamos sobre la base del matrimonio, como Dios manda...

—¡Cierto que sí; Lucy! Si yo la quiero a usted como se adora a una imagen... Si hasta me parecía atrevimiento decirselo... Pero no: sus presunciones son equivocadas: una vez casados, usted no volvería a trabajar. Solamente yo saldría a la pista.

—¡Qué bonito! Y los aplausos para usted, mientras yo cosía la ropa. No me conviene. Mi programa es mejor. Seguimos como hasta aquí durante una temporada: seis o siete años, a lo sumo.

—¡Siete años!

—Sí: somos muy jóvenes. Para entonces, tendré veinticinco. Como mi trabajo gusta y se paga muy bien, puedo ahorrar una fortunita con ayuda de Holofernes... ¡Oh! El pobre elefante es mi tesoro, mi compañero, mi amigo... Sola con él quedé al morir mis padres, sin otro amparo ni otro caudal; gracias a él, nada me ha faltado hasta ahora, ni dinero ni aplausos... Y el día que mis planes se realicen, cuando podamos retirarnos usted y yo a vivir como buenos burgueses, en París, como es mi ideal, regalaremos a Holofernes al jardín Zoológico, y los domingos le haremos una visita, para llevarle panecillos de Viena, que son su encanto...

El director del Circo interrumpió la charla:

—¡A la pista, Miss Lucy! Llegó su número.

Ya traían a Holofernes, que barritó con alegría al ver a su domadora.

Escasamente tuvo tiempo de decir Edmundo:

—¿La espero a la salida para acompañarla?

Ella le miró sonriendo.

—Sí.

* * *

Vestido ya de calle Edmundo, aguardó a Lucy, cuyo trabajo cerraba el programa. Como antes ella, desde la puerta de artistas lo estuvo contemplando con embeleso. Sonaron los aplausos del público. John, el criado de Lucy, se llevó a Holofernes hacia la cuadra, mientras la gentil inglesa marchaba a cambiar de ropa. Desde la puerta de su cuarto sonrió a Edmundo.

Pero al levantar la cortina, la sonrisa desapareció de sus labios. Un hombre, de elegante apostura, la esperaba.

—¡Ah! ¿Es usted, duque?—dijo ella, con marcada frialdad.

—Yo soy, Lucy. Perseverante.

—Obstinado, testarudo... impertinente.

—¿Lo dice usted en serio?

—¡Y tan en serio! Si como buenas razones no logro convencerle... ¿Cómo habré de decirselo? Es inútil.

—Y yo insisto en que es una pena que siga usted rodando de circo en circo, viendo marchitarse tontamente su juventud, su hermosura...

—Es mi gusto

—Junto a mí tendría cuanto puede halagar a una mujer...

—Tengo todo lo que necesito. Holofernes me libra de malas tentaciones, gracias a él no me falta un puñado de monedas para vivir, y un poquito de gloria, que usted, con sus millones, no podría proporcionarme.

Salió el duque al pasillo, murmurando:

—¡Maldito Holofernes!...

* * *

Edmundo la esperaba a la salida, serio, grave.

—Ya he visto quien salió de su cuarto.

—¡Bah, el duque! ¿Y qué hay con ello? ¿Celos también? No sea usted criatura. Tranquílcese, si eso le inquieta. Ya sabe usted que Holofernes es mi salvaguardia, mi genio tutelar, porque me hace huír del mal sendero.

—Es que también la aparta del buen camino.

—¿Cómo es eso?

—Porque la separa de mí...

—No nos separa: retrasa nuestra unión, pero sin impedirla. Por el contrario, la favorece. ¡Cuánto mejor, retirarnos tranquilos, en vez de vivir errantes, llenos de preocupaciones, sin ningún entusiasmo por nuestra profesión que hoy nos agrada!...

Pero Edmundo no se convencía. Cuando se despidieron, murmuró, rencoroso:

—¡Maldito Holofernes!...

El revuelo en el Circo fué enorme. Holofernes se moría por momentos.

Desde la calle, oíasele barritar quejumbroso.

Un veterinario, avisado a toda prisa, advirtió síntomas de envenenamiento, imposibles de combatir, por la enorme cantidad de tóxico ingerido por el paquidermo.

Cuando llegó Lucy Stewart, ya era cadáver.

Daba pena ver, tumbado en medio de la cuadra, exánime, el enorme corpachón que horas atrás parecía invulnerable. La inglesita no tuvo lágrimas para la muerte de su compañero.

Su hondo pesar, revelábase en la lividez del rostro, en el extraño fulgor de la mirada.

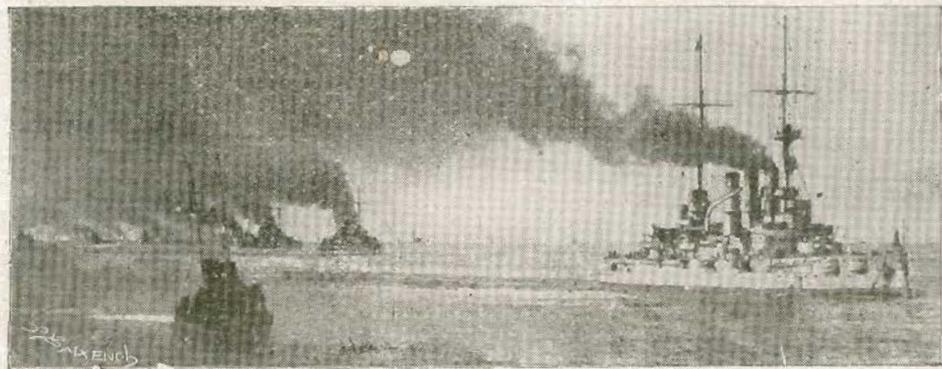
Edmundo, como loco, deambulaba por los pasillos, sin aproximarse a Lucy. En un bar próximo, John, el criado, con la bolsa bien repleta, bebía *wisky* en abundancia.

Mucho antes de que comenzase la función, Edmundo, impaciente, volvió al Circo.

Al entrar, el portero le entregó una carta que había dejado para él Miss Lucy.

Con temblorosa mano rompió el sobre, sintiendo en las entrañas el desgarrón que anuncia una desgracia irremediable:

«La fatalidad ha truncado mis propósitos. Muerto Holofernes, me esperaba la miseria contigo, o la opulencia con el duque. Ya te dije que soy algo calculadora... Me falta valor para rodar de circo en circo, sin el señuelo de los aplausos, que ya no serían para mí. Perdóname, y reconoce que no es mía la culpa, sino del que, lleno de amor y buen deseo, dió la muerte a Holofernes, mi genio tutelar»...



UNA SECCION DE LA ESCUADRA ALEMANA OPERANDO EN AGUAS DEL MAR BÁLTICO

NOTA GRAFICA DE LA GUERRA



El capitán de un «Zeppelin» dando órdenes por teléfono, desde el gabinete de una aeronave, a los tripulantes de la misma, para que arrojen bombas sobre una ciudad de la Polonia rusa.

Desesperanza

Por Rogelio Sotela

Yo no sé... tengo miedo, mucho miedo...
Un miedo para todo lo que existe,
un temor de estar solo, y sólo puedo
vivir la soledad en que me quedo
haciendo comuniones con lo triste.

Tengo miedo de tí, miedo de verte;
una inquietud en l' alma recogida
que no sabe si va sobre la vida
o viene sollozando de la muerte.

Y al verme así, con miedo de un halago
porque todos me dieron desconsuelo,
tengo un pavor de todo, y el anhelo
se trueca en pesadumbre y en estrago.

Hay un motivo de remordimiento
que me incita a llorar y que me muerde.
Me pesa mucho el corazón, y siento
como una sombra de presentimiento
que se llega hasta mí y luego se pierde...

Yo no sé... sin embargo, te diría,
que tu favor en mi camino irradie
como un sol de esperanza que me guía.
Tengo miedo sin tí, y yo se que nadie
juntará su tristeza con la mía.

Todo vibra en mi ser, y pensativo,
busco un remanso de bondad o un huerto.
Pero todo se muestra tan esquivo,
que no quiero saber si es que estoy vivo
o vivo sin querer estando muerto!

Costa Rica.



Don EMILIO CLARE DELPECH

distinguido miembro de la colonia francesa en Panamá
y padre de nuestro amigo don Enrique,
quien hallándose de paso en esta capital, falleció el día 2 de los corrientes.

FUNERALES Y ENTIERRO

del distinguido caballero

Don EMILIO CLARE DELPECH



Fotografía y fotografía Balanch

Aspecto que presentaba la Capilla momentos antes de verificarse los solemnes oficios religiosos que se celebraron en esta ciudad, el día 3 de los corrientes, en la Iglesia de Nuestra Señora del Carmen, a las ocho y media de la mañana, y a los que asistió lo más distinguido de la sociedad capitulina.

La tristeza de Don Juan

à Rogelio Sotela.

Por Jenaro Valverde

Ogaño refugia su vejez lejos del siglo. Regazo fraternal le brinda el Olvido y a él se acoge con murmuración de vieja lechuza de confesionario. Hay mechones de su cabellera de azabache que se han tornado en pincelazos sepia y ceniza. Los músculos y nervios, torpes y cansados, lamentan la agilidad vibrante de otros tiempos cuando tenían elasticidades felinas. Ahora ríe con risa que es una mueca, y en vez del marfil pulido y brillante de otros tiempos se ven las caries ennegrecidas de sus dientes, que semejan ruinas de antiguas fortalezas.

La impiedad de sus lumbagos lo rinde con desesperaciones de vencido y calladamente sufre el estigma del dolor que martiriza sus riñones atrofiados.

Sonríe don Juan con sonrisa que es una mueca. Lampos de su antigua juventud y arrogancia ponen rápidas pinceladas de alegría nostálgica en su rostro flaco y lleno de barba. Son fugaces lumbraradas que al instante se apagan, absorbidas por sus pupilas hastiadas de león enfermo, que se cierran con amargura, lentamente.

Algunas veces olvida que su siglo ya ha pasado y pretende revivir sus mocedades y sus glorias muertas. Ronda como ave nictálope en la alta noche. Se le ve atravesar furtivamente bajo el claror voltáico que inunda de luz los adoquines y el asfalto de las calles. Pasa como avergonzado de tanta claridad a cuyo reflejo resaltan extrañamente sus facciones espectrales como en un contraste efectista al agua fuerte.

Comprueba con gesto desolado cómo se han alumbrado aquellos recodos y callejuelas sombrías donde las tizonas adversarias chocaban dialogando silenciosamente en su lenguaje de lampos y de sangre.

Todo desaparecido! Don Juan lo ve y sufre.

Alguna vez detiene su jira nocturna ante la fachada de cualquier edificio. La calle adoquinada, infinita, se extiende ante él hasta formar horizonte. ¡Cómo ha variado el arte arquitectónico! Sobrios estilos, fachadas simétricas, acusadoras de un practicismo artístico y elegante que se revela en todo, pero de cuyo conjunto ha huído ya el alma del Misterio. Mira don Juan cómo, en el silencio nocturno, los edificios con sus ventanas repletas de luz, parecen estar despiertos. En torno, ni un murmullo humano, y sin embargo, podría adivinarse lo que hay a través de aquella fachada cual si fuese hecha de cristal. Don Juan lo imagina: El señor, en el aposento de la derecha, se desvela fatigado por el asma asesina que lo ahoga; su señora sí, duerme profundamente con sueño pesado. Luego, la alcoba tibia y perfumada de la señorita: ella tampoco puede dormir. Se desvela fatigosamente y en sus ojazos de histérica, se asfixia el ansia de quién sabe qué deseos ignorados que martirizan su carne aprisionada. Sobre lo mesita de noche, un frasco de Agua Colonia y una novela de Collette Willy, abierta aún en la página donde el sueño la rindió. Luego, más adentro, el aposento de los criados: duermen como brutos.

Y, nada más. Todo naturalísimo. Todo del siglo práctico. Don Juan lo vé como tras un cristal.

El portón que antes se abría sigilosamente para dar salida al rostro simiesco de la vieja celestina cultivadora de mandrágoras, es hoy puerta simétrica, alumbrada por un foco eléctrico y que, cuando se abra en la alta noche, será sin ningún sigilo misterioso: brutal, dando un bronco campani-

llazo. Y quien sale es un marido presuroso (empleado del Ministerio o de la Sucursal de Amour y Co.) o si no la vieja ama de llaves inglesa (que parece escapada de una plana de caricaturas dominicales del *New York Herald*) que van en busca de la obstétrica para la señora accidentada.

Eso es lo que ve don Juan cuando ogaño pretende revivir sus mocedades.

Asaz práctico y mesurado ha debido tornarse. Es forzada maleabilidad a que le obliga el siglo a fuer de ese dominio intenso que tienen las épocas sobre los hombres (*no sobre los genios*). Y este es el siglo por excelencia de las santas renovaciones. El siglo que en piras gigantescas ha hecho arder arcaicos palimpsestos y títulos vetustos de estúpidas noblezas.

Sé razonable, don Juan. Descansa en el cojín fraternal que te brinda el

Olvido y llora si quieres por tu pasado fósil. Pero guárdate de pretender revivirlo porque te transformarías en Arlequín del primer socialista, o del primer Agente comisionista en jamones, que encuentres a tu paso. Además, las Inesitas contemporáneas... las conoces, don Juan? De seguro no refugiarían sus decepciones en un Convento.

Olvidas también que tus nervios ya no vibran y que tus dientes están cariados.

Pero oye: Si de consuelo el mal ajeno ha de servirte, te diré que sólo tú no eres el caído. Tal vez recuerdes al loco maravilloso que nació allá en la Mancha *en un lugar de cuyo nombre...*

—Quixano! Esto, esto es, el loco don Quixano.

Pues bien, don Juan. Los alienistas de Berlín y Buenos Aires han tornado en cuerdo al pobre don Quixano. ¡Él también desterrado de este siglo!

Bajo la niebla

Por Enrique Geenzier

Bajo el blanco plumón de la neblina
la dormida ciudad se despereza
mientras Febo levanta la cabeza
envuelto en una gasa blanquecina.

El paisaje parece que bosteza
al soplo de la brisa matutina,
y la mar es un monstruo que fascina
con murmullos de fraile cuando reza.

Hay algo en la mañana que es sagrado:
cada torre es atleta que se empina,
cada ruido un sollozo entrecortado;

Y bañada en la lumbre matutina,
la ciudad finge un muerto acurrucado
bajo el blanco plumón de la neblina.

El gesto bélico de Mr. Wilson

Por Mar de Lemos

Al Presidente americano se le han crispado los nervios en santa indignación contra los enemigos de las civilizadoras doctrinas wilsonianas, y en su heroico gesto de provocadora altivez, el virtuoso maestro de escuela arroja su libro filosófico y las modestísimas antiparras, troncándolos por la espada (no se sabe si de Marte o de Bernardo) y el antejo militar de campaña inexorable.

A fe que nuestro hombre es listo, y vive Dios que el ladino Sancho nunca pensara más cuerdate.

El se ha humillado, en grado tal que haría morir de vergüenza a todos los Quijotes, cuando el temible japonés se le burlaba en sus barbas obteniendo concesiones por la ley de California y explorando las costas del Pacífico so pretexto de traer a flote el cruce-ro «Asama»; pero ruge airado (como Sancho) ante la perspectiva de «pescar a río revuelto». De esta clase son todas las acciones guerreras que forman la ejecutoria bélica de Estados Unidos.

La España del 68, fuerte y rica aún, le mereció respetos; mas, cuando la España del 98 yacía desangrada en los mortíferos campos de Cuba, hizo volar el Maine y se lanzó contra ella a manera del gavilán que desgarró el vientre de una infeliz paloma herida, ostentando luego, como trofeos gloriosos, las ridículas y denigrantes victorias de Samson, Miles y Dewey, caudillos triunfantes en la proporción de treinta contra uno.

Y Wilson no puede abstraerse a la influencia de esa historia de su pueblo. Camina en pos de las medidas prácticas que posponen todo lo ideal a las realidades de su medio ambiente.

¡Porcópolis de Vargas Vila: eres digna de tí!

No defendemos los actos de Alemania; pero bien podía haber asumido Mr. Wilson una actitud más levantada, oponiéndose desde el principio a ciertas prácticas que hoy juzga inhumanas y fuera del derecho internacional después de haber declarado la guerra Italia y en momentos que Alemania se encuentra combatida por todas partes.

No se nos juzgue germanófilos porque censuramos amargamente esos procederes abusivos de Estados Unidos, esa amalgama del pundonor y la abyección, que pugnan con la caballeridad de nuestra raza, de superiores condiciones morales.

Tampoco pasaríamos en silencio la obra hipócrita de haber sostenido el estado anárquico mejicano, manteniendo con tal fin al cónsul Carhoter cerca de Villa y al de igual categoría, Sullivan, cerca de Carranza, para venir ahora con sendas exclamaciones de piedad que justifiquen su viejo sueño: la intervención, y con ella el dominio sobre el istmo de Tehuantepec, el control sobre bahía Magdalena (para establecer una base naval) y otros propósitos similares.

Es la «oportunistista del imperialismo gratis» que vence sobre los débiles y tiembla ante los poderosos.

Empero la América Latina debe mirar con desconfianza esas maniobras, y protestarlas en lo que atañe a su dignidad y prestigio.

Bien ha hecho el Honorable Mr. Bryan en no querer secundar las nada edificantes evoluciones del profesor Wilson.

Quizás el Japón esté riendo de gozo en perspectiva de un porvenir seguro para sus esperanzas...

ALREDEDORES DE SAN JOSE



Camino de Alajuelita, cuesta del Río María Aguilar.



La nueva fuente de agua termal. (Se ve San José en el fondo)

Lo que parece un cuento

Por Nogueras Offer

Para Pandemónium

Carlos Ottembak llamó al camarero, que guardaba la puerta del café. Pagó y se fué, taciturno y temblando, un mal bítec; una mala cerveza. El corazón decía que iba a pasar muchísimo tiempo sin comer ni beber a gusto. Llegó a su casa; un sobre lacrado, y, dentro, la orden secreta de movilización.

Concentrado en Mulhouse, le rapon las ya grises melenas y cambiaron su elegante indumento por el traje gris y tosco del soldado de infantería.

Se sospechaba fundadamente de la fidelidad de los pueblos inmediatos a Mulhouse. Se le mandó con varios números y un suboficial a requisar los alrededores.

El territorio de Alsacia era desconocido de Ottembak. No pudo saber, ciertamente, dónde se encontraba ni hacia dónde le llevaban.

Temíase que las tropas francesas se colasen por ahí. ¿Por dónde? Por ahí. Buscábase con insistencia el punto flaco y accesible a que el rojo violento del pantalón francés ensangrentara el verde apacible de los campos... Si quiera sorprender el escondrijo donde echarse sobre un espía para disparar los primeros cartuchos.

De esta forma transcurrieron algunos días. La patrulla era algo comparable a un pelotón policiaco que iba de pueblo en pueblo, requisando el hogar de los vecinos sospechosos, bebiendo acá para apagar la sed, bebiendo allá para tomar ánimos, bebiendo, en fin, innumerables veces para no negarse al honor que les hacían los vecinos, demostrando su adhesión a los soldados del imperio.

Exceptuando Ottembak, cuya disciplina moral era superior a la de sus compañeros, todos andaban, ciertamente, algo embrollados de *cascos*, y como una chispa sobre pólvora cayó el rumor de que el ejército francés habíase colado por los Vosgos.

De ahí que las aldeas, soliviantadas y envalentonadas de una manera súbita, ya no acogiera al pelotón con tantísimo agasajo. El furor del suboficial no conocía límites. Ottembak, pacífico y humanitario por temperamento, intercedía en favor de las aldeas. Hubo una que les recibió a pedradas y a tiros, obligándoles a huír precipitadamente. Pasaron a otra aldea próxima, blanquísima, rebosante de placidez rural, lindamente formada por quintas veraniegas solitarias, que ofrecían al sol la adorante beatitud de sus jardines...

De una de esas quintas brotaba, entre el perfume de las rosas, la voz plañidera y sentida de un piano. Ottembak palidece. Nunca hubiera soñado recibir tan exquisita y grande emoción. Tiemblan sus manos en la culata y el cañón del fusil, preparado para infligir la muerte... Y una ola de vida y de perfume le anonada... Su corazón se encoge, casi no se atreve a latir para no turbar aquella melodía... ¡aquella melodía tan suya, que allá en su mocedad primera había trasladado al pentagrama y cedido a un editor parisién, alcanzando de esta forma el primer éxito de su vida artística!... Las notas de su *Canto de juventud* se mezclaban en el aire con el aroma de los jardines, mientras que él, el autor, marchaba al ras del suelo, con un fusil en las manos, mezclado con otros fusiles y otras manos sólo atentas a la muerte.

Sintió vergüenza de sí mismo. Se encontró viejo sin serlo, pues sobre las treinta y pico de primaveras, cerca de cuarenta años ya, pesaba ahora todo el peso del reservista, del hombre experto y maduro que, armado de un fusil, vese obligado a fusilar a una *juventud que a los primeros besos de la vida ha de presenciar cómo el mundo se convierte en montón de escombros.*

Iba a tirar el arma, pero las pági-

nas de su juventud desdoblábanse al compás de las notas del piano. Su historia era la de muchos: amor no correspondido; dulces ilusiones de juventud fracasadas en el combate de la vida.

En el umbral de una casuca, enzarzada como una perla negra en la joya de topacios, brillantes y rubíes de las asoleadas quintas, aparece súbitamente un niño, rubio y travieso como el Amor, con un pedazo de escopeta en las manos, regalo de unos monarcas que no tenemos los hombres... Y el imprudente muchaco, enardecido por relatos caseros, héroe infantil de un desquite imaginario, apunta con el fusil de madera al sub-oficial, que de un puntapié lo arroja en mitad de la calle.

Luego, lo indescriptible.

—¡Eso no!, —gritó, intercediendo, Ottembak. Fué derribado por los suyos. Acudieron y suplicaron los vecinos. Enmudeció el piano y abriéronse con estrépito las persianas del balcón de la quinta. Intercedió, llorando, una señora de cabellos grises, la que momentos antes interpretaba la *Canto de juventud*, de Ottembak, quien se interpuso entre el muchacho y los fusiles, que vomitaron fuego.

Ottembak, herido en el muslo, fué a caer junto a la verja de la quinta. Con apagados ojos, vió fallecer al mu-

chacho. Vió también surgir por todos lados gente furiosa, indignadísima... Hubo combate en la aldea, pero Ottembak oyó el ruido de la lucha desde un aposento coquetón que olfa a rosas otoñales. Un poco más allá, el piano con la partitura de su *Canto de juventud*, todavía abierto, y junto a él, muy cerca de la cama, una señora, cabe decir una señorita, dulcemente agostada como un capullo abrioleño, encontrado en otoño en el plácido asilo del cajón de una cómoda.

—¿Será usted alsaciano o lorenés?... —preguntó ella, turbada como una niña, con el objeto de distraer y animar al herido.

—He pasado largo tiempo en París, —respondió Ottembak. —Soy músico, es decir, era... cuando todavía mi fe en el amor pudo arrancar de mi alma un *Canto de juventud*...

Y miró el piano.

—¿Será posible?, —exclamó la dama con indefinible sorpresa. —¿Usted, usted Ottembak?

Y luego, con exquisita dulzura, que para el músico tuvo la intensidad de sabor y de ambrosía de una fruta bien sazónada, añadió:

—¿Habré yo extraído todo el jugo de ese canto de amor, preservándolo de la ruina de nuestras primaveras, para ofrecérselo a usted en este solemne instante de la vida?

A bordo de un barco de guerra

Me encuentro sobre un enorme escudo de hierro ligeramente abovedado. En la cubierta del barco faltan las barandillas y todo el espacio está completamente desocupado, solamente dos pequeñas chimeneas se levantan del medio; y luego las torres blindadas que parecen sin vida y sin embargo están animadas; cada torre puede avanzar enormes y amenazadores tentáculos y meterlos de nuevo y a pesar de que las bocas de los cañones permanecen

inmóviles dan a la torre el aspecto de un animal. Su cerebro está invisible, su voluntad está dentro de la torre de acero.

La cubierta tiene un agujero y por él descendemos al interior de la torre. Por todas partes escaleras y pasillos de hierro, de las escotillas descienden escalas de hierro y el hierro campea en todas partes. De hierro son las puertas, los camarotes, los salones, las panaderías y la cocina y el marino

quiere a este monstruo de hierro con la pasión de un enamorado. Uno de ellos me decía: «Todo esto es mucho más hermoso: ahora falta el color, que ha sido sustituido por el gris de campaña», y se empeña en mostrarme cómo se ha suprimido el barniz. «Pero ¿dónde están los botes?», le pregunto. «Siempre los he visto sobre cubierta en todos los barcos, también en los de guerra?» «Nosotros», me contestó, «no llevamos botes, nos estorbarían para tirar. O regresamos vencedores y entonces no los necesitamos, o nos vamos al fondo del mar y tampoco en este caso nos son necesarios». Es una férrea respuesta, tan férrea como en el barco en que me encuentro. De repente nos encontramos en el interior de una de las torrecillas, veo un asiento giratorio en el que está sentado el marino que es el ojo de la torre. Sobre su cabeza hay inscripciones lacónicas y breves grabadas en pequeñas placas, oráculos para mí, órdenes para los iniciados. Conformándose a ellas coloca el marino su anteojito y desde el interior de la torre observa la flota enemiga y cada fuerte de la costa. Al enfocar su telescopio y a cada movimiento de su mano obedece dócilmente el férreo tentáculo y en la parte posterior del tubo, en la amenazadora abertura suben y bajan grandes palanganas de acero que colocan, al parecer sin trabajo alguno granadas que pesan algunos quintales, mientras otras colocan la pólvora en la abertura; nada más atrayente que el funcionamiento de este coloso, la facilidad con que se mueven sus grandes mecanismos; parecen atletas jugando con bolas de hierro. El tubo, las palanganas y toda la torre obedecen a la mano de un hombre, se mueven de arriba para abajo, en todas direcciones, o al rededor de su eje, siempre obedeciendo a la mano de un hombre colocado en cada rueda o en cada palanca. Más de mil hombres viven en este barco dedicados únicamente a servir al funcionamiento de las torrecillas de acero. Cuando marchan en el barco resuena el hierro por todas partes: cuando están en sus

puestos, los mecanismos se mueven silenciosamente. Me imagino el barco durante la batalla, no hay gritos ni violentos ataques, el campo de batalla no presenta combatientes, el coloso de acero parece de-ierto, en el silencio de la noche y en medio del fuego enemigo marcha el monstruo como un barco fantasma, no se ve a nadie sobre cubierta. En el interior trabajan mil hombres, cada cual colocado en su puesto, ejercitado en practicar durante años una sola manipulación. Nadie, exceptuando los que están en el telescopio ve al enemigo, nadie tiene la menor idea ni de su número ni de su posición y los pocos que lo ven no lo hacen desde cubierta, al aire libre, sino ocultos en el interior de las torres, nadie sabe el camino que el barco lleva, todo el mundo ignora de dónde viene el peligro. Separados del aire y de la luz, cada cual sabe que cada minuto puede traerles la muerte arrojando a todos al fondo del mar o haciéndolos volar por los aires. Estos soldados tienen que combatir entre espacios cerrados, lo que hace el combate más trágico y tremendo. Solo dos hombres están sobre cubierta en inmediato contacto con el mar, el uno da vueltas al timón, el otro da órdenes. A veces tiene el último cerca de sí algunos pocos hombres que le ayudan, y este hombre que se mantiene erguido sobre el puente es el señor del barco, manda incondicionalmente a los mil hombres que se encuentra en el interior y tiene sobre sí toda la responsabilidad. Nadie le puede hacer repentinas comunicaciones, ningún bote se acerca para anunciarle reemplazos y hasta el fantástico aparato que toma del aire palabras que vienen de muy lejos, de una distancia de millares de millas, no le anuncia ningún auxilio, permanece solo sobre el puente en medio del fuego y de la tempestad, bajo el sol y bajo las estrellas. Es impasible como el Destino, sus palabras van al interior del barco a mover los millares de manos que a su voluntad obedecen: es el Comandante, es el cerebro del barco.

COSTARRICENSES QUE VALEN



DON PROSPERO CALDERON

quien acaba de regresar de la hermana República de El Salvador, en donde por más de tres años dirigió con talento ejemplar, los talleres tipográficos de aquel gobierno. En los presentes momentos, y cuando se habla de remociones en nuestra Imprenta Nacional, el nombre del señor Calderón asoma como la promesa más positiva para su verdadera y útil reorganización.

Después de todo, nada más justo que reservarle a este distinguido costarricense un puesto que en su desempeño en tierras extranjeras, colmándolo de prestigios, ha sabido dar lustre al nombre de nuestra Patria.

Los ranchos de "Corozo"

Por Plinius

Adaptado especialmente para Pandemonium

Existen en toda la América Tropical diferentes especies de palmeras que suministran los materiales para la construcción de las viviendas de los nativos o indígenas. Estas palmas son por lo general del porte del cocotero (*Tri-*

do caracterizado por la talla de su tronco señalado de cicatrices irregulares producidas por el desprendimiento de las hojas viejas, las cuales permanecen colgando largo tiempo de él. Frondas pinadas, lineares-lanceoladas,



Rancho construido de hojas de «Corozo», en Costa Rica

bu Coccothraustes), más o menos grandes y lo reemplazan en gran parte en todas aquellas regiones distantes de las costas.

En nuestro país se emplean de preferencia las de *Corozo* o *Palma Real*, en toda la región del Pacífico, por las ventajas que ofrece su estructura.

Pertenecen al género *Attalea*¹ sien-

do con la base recurvada: son inermes y alcanzan hasta 10 metros de largo.

Para la construcción de los ranchos se siembran primeramente fuertes horcones de una madera durable, como *madero negro* o *guachipeltín*, o se montan estos sobre bases de piedra labrada. A una altura de dos o tres metros se cruzan las soleras atadas al horco-

(1) Después de varias pesquisas se ha podido comprobar que en Costa Rica existen dos especies de este género: *A. gomphococca*, Mart. que es la especie más común y generalmente conocida como Palma Real, y *A. cohune*, Mart., llamada corozo por los mexicanos, centro y sur-americanos y que es menos abundante en

nuestro país. Sin embargo esos nombres vulgares se cambian y confunden a menudo hasta hacer casi imposible la distinción entre ellos por su afinidad, teniendo que recurrirse, como medio más seguro, al examen floral.

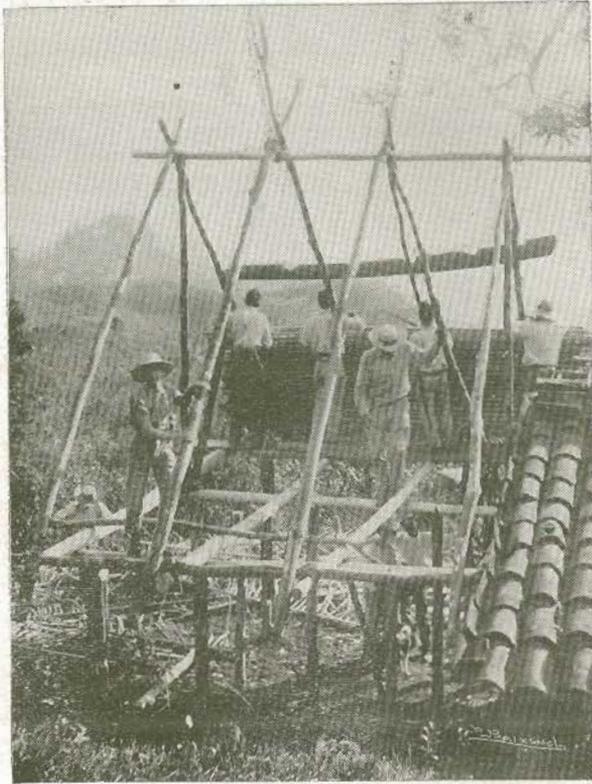
naje por medio de resistentes bejucos, —tan abundantes en todas las regiones tropicales, — cortezas de ciertos árboles, como el *burto* o *juco*, o con coyundas de cuero crudo. Sobre las soleras se levanta el caballete o armazón del techo, al cual le dan las formas

chas de zinc. Las venas de las hojas muy unidas entre sí quedan de esta manera haciendo las veces de cielo raso y las pínulas forman una espesa capa impermeable a los más recios aguaceros. Las paredes se hacen también en esta misma forma, pero algunos

prefieren hacer una empalizada de *rajas* de *guarumo* (*Cecropia* sp. plur.), *balsa* (*Ochroma Lagopus*, Sw.) o de tablas y entre sus grandes rendijas el aire se cuele, manteniéndose así la habitación fresca y ventilada. En las fotografías que acompañan estas líneas pueden verse los detalles de esta construcción.

Fuera del empleo principal en la fabricación de los ranchos, tiene el corozo otras aplicaciones de mucha importancia en la vida económica del campesino. Los grandes racimos de frutas que llegan a pesar hasta cuatro quintales son muy apetecidos por el ganado, aunque no puede digerir la semilla que es extremadamente dura; por eso se le encuentra en grandes cantidades en los sesteos. Con estas semillas se con-

feccionan sortijas, dedales, botones, pipas (corozas) y otros artefactos y el albúmen, que es muy rico en aceite, es explotado en algunas regiones de México para la elaboración de jabones, pomadas y usos culinarios. Los cogollos tiernos, dan asados una clase de *palmito* muy apetecido por todos los que lo conocen, y las hojas tiernas, que son de color amarillo, las reparten en las ceremonias religiosas del Domingo de Ramos en forma de palmas benditas de caprichosas figuras, para lo cual algunos tienen un



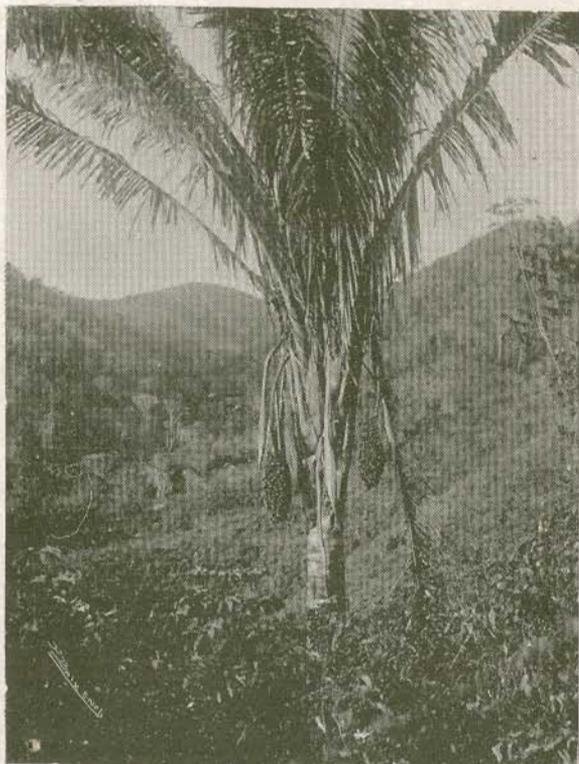
Atando la hoja

más variadas y caprichosas, distinguiéndose entre las más estéticas los de los indios de Talamanca, Terraba y Boruca.

Una vez afianzado el caballete, —en el cual casi siempre entran como material varas redondas de *juco*, bambú, o algunas palmeras generalmente de poco peso, — se ata la hoja rajada en dos longitudinalmente, comenzando por la parte inferior, es decir, por lo que formará los aleros y así se continúa hasta la cumbre, en donde se hace un remate especial o se corona con teja o plan-

arte exquisito. Además la hoja tierna, después de haber sufrido una fermentación especial, permite tejer sombreros ordinarios.

Es una lástima que nuestros campesinos al limpiar sus terrenos del modo tan salvaje como por desgracia aun acostumbra, a pesar de todas las prudentes medidas dictadas por todos los gobiernos, reduzcan a cenizas a una de las más espléndidas palmeras tropicales, pues cuantas veces el viajero agobiado por la fatiga desea encontrar una sombra que lo refresque de los ardientes calores tropicales y sólo encuentra unos troncos humeantes y un montón de cenizas que el viento arremolina y dispersa!



La palma de corozo

Vuélvete una Cocotte

Por Romero de Garaicochea

Gitana ¿por qué luces tu miseria bohemia
 si tu carne está joven y es fragante tu amor;
 no te conmueve acaso el froufrou de la seda
 ni el rodar silencioso del soberbio landaw?
 Tu gentil hermosura revestida de andrajos
 palidece de anemia: busca tu salvación;
 el sol de medio día quiso para sus galas
 lo espléndido del oro, y tú eres más que un sol.
 Deja la caravana que tu paso fatiga
 —el zingaro que te ama; la churumbela amiga —
 huye a los grandes centros: vuélvete una Cocotte;
 que cuando ya perdida te creas en el vicio,
 o al borde de la vida te asuste el precipicio:
 ¡si todos te abandonan iré a buscarte yo!

Notas breves

El miércoles 2 del corriente falleció en esta capital el distinguido caballero don Emilio Clare Delpech.

Era el extinto persona de alto aprecio entre la sociedad Panameña, en la cual descollaba como miembro prominente.

De origen francés, y después de haber recorrido la América del Norte, donde se distinguió por sus actos de heroísmo durante la guerra de sucesión, estableció su residencia en la capital Panameña, fundando en ella un hogar en donde imperó la honradez, patrimonio legado a sus muy estimables descendientes.

Se hallaba de paso en esta capital el señor Clare, cuando la muerte suspendió el curso de su estimable existencia.

Reciba la familia doliente, y en particular nuestro amigo don Enrique

Clare, las muestras más expresivas de pésame que les remite PANDEMÓNIUM.

Los Clarence dan las gracias más cumplidas a la interesante revista *Iris*, de Cuba, por la reproducción—que en página de honor—hace del artículo «A propósito de la crisis europea», publicado hace un mes en PANDEMÓNIUM, y por el elogio caluroso que en nota aparte les tributa la dirección.

PANDEMÓNIUM saluda al señor Enrique Geenzier, Secretario de la Legación de Panamá en Costa Rica, quien desde hace algunos días radica entre nosotros. El señor Geenzier es uno de los poetas más distinguidos de su tierra: su libro inédito *CREPÚSCULOS Y SOMBRAS*, bien dice de lo que es capaz en esta dulce edeología del verso.

LA PERLA

Extenso y selecto surtido en artículos para señoras.
Especialidad en artículos de fantasía.

LA REFORMA GRAN BARATILLO

La más acreditada por su seriedad.
Géneros para señoras, desde lo más selecto a lo más económico.

Augusto Marín Rico

SAN JOSE

COSTA RICA

ZAPATERIA de J. B. Nigro LA DEMOCRACIA

En esta acreditada zapatería se encuentra un surtido completo de materiales de toda clase. **Hormas de todos los estilos y tamaños.**

GARANTIA EN EL TRABAJO

RESTAURANT EUROPA

EL MEJOR HOTEL EN SAN JOSÉ DE COSTA RICA

COCINA ATENDIDA POR EL MISMO PROPIETARIO

CALLE CENTRAL NORTE, FRENTE A ROBERT HERMANOS



CALLE CENTRAL NORTE, FRENTE A ROBERT HERMANOS

HABITACIONES AMPLIAS Y BIEN VENTILADAS

EL MEJOR HOTEL EN SAN JOSÉ DE COSTA RICA

RESTAURANT EUROPA